

estaba destinado á plantarla; pero como en el mismo año vacó la de San Ignacio por la muerte del padre Consag, fué empleado en ella, pues no debían abandonarse las misiones ya fundadas por establecer otras nuevas. Sin embargo, el padre Retz, después de haber reducido al cristianismo á casi todos los gentiles del vasto territorio de su mision, se dedicó tambien á reducir á muchas tribus de las que debían pertenecer á la nueva. Hizo tambien abrir el camino de comunicacion entre las dos, y fabricar en *Adac* los edificios necesarios, á saber: la iglesia, la casa del misionero y soldados, un almacén y un hospital. Tambien labró el pequeño terreno que allí habia capaz de cultivo, y sembró maíz.

Todo esto se hizo antes que se encargase de la mision el padre Wenceslao Link, natural de Bohemia, destinado á gobernarla. Este llegó á la California en 1762, se estuvo algunos meses en Santa Gertrudis aprendiendo la lengua cochimí, y en el estío del mismo año se trasladó á *Adac* en compañía de algunos soldados. Dió principio á su mision con trescientos neófitos, convertidos, catequizados y bautizados por el padre Retz, y después comenzaron á acudir á ella, con el fin de hacerse cristianos, muchos gentiles de las tierras cercanas; pero en una mision nueva y situada en país estéril no era posible mantener tantos catecúmenos á mas de los soldados y de los empleados en el servicio de ella. Es verdad que el territorio de *Adac* abunda en liebres, conejos y otras especies de caza; pero en cuanto á vegetales, no tenia mas que pitahayas, mezcal, palmas de dátiles insípidos, y una gran cantidad de aquellos árboles tan extravagantes como inútiles llamados *milapá*, de que hablamos en el libro 1.^o Faltaban tambien madera y leña, y no se encontraban pastos; y así de las ovejas y cabras que se llevaron al principio, murieron luego algunas, y las restantes se enflaquecieron tanto, que fué necesario sacarlas de aquella tierra para que no peciesen.

No teniendo pues aquella mision arbitrio para subsistir, fué necesario que las otras la socorriesen, segun en tales casos se acostumbraba; pero la mas cercana, que era la de Santa Gertrudis, dista treinta leguas y casi nada tenia que poder darle. La de Guadalupe, distante casi ochenta leguas, le enviaba carne seca; y así de Loreto, distante mas de cien leguas, recibia las otras provisiones y todo lo necesario para el culto divino, para el vestido del misionero, de los soldados y neófitos, para la agricultura y las otras artes de primera necesidad. Estas cosas iban por mar hasta el puerto de los Angeles, distante ocho leguas de *Adac*, en un barco que habia dado á la mision el procurador de Loreto á fin de que sirviese en estos transportes; mas como estos viajes eran peligrosos, por las frecuentes borrascas y las impetuosas y contrarias corrientes de las islas de Salsipuedes y los californios no eran prácticos en la navegacion,

se encomendó el gobierno del barco á un buen indio de Sinaloa, llamado Buenaventura Ahome, el cual todo el tiempo que no estaba en viaje, servia con mucha diligencia y fidelidad á la misma mision en otros ministerios. El padre Link escogió entre los neófitos algunos jóvenes vivos para que navegando en compañía del de Sinaloa, aprendiesen la marinería, así como hizo que otros aprendiesen la agricultura bajo la direccion de un soldado que la entendia. En el primer año recogió una corta cosecha del poco maíz que á su tiempo habia sembrado el padre Retz; pero habiendo descubierto y cultivado otro pequeño giro de terreno labrantío y valiéndose de la industria de sembrar cada año trigo y maíz sucesivamente en un mismo campo, como se hacia en Santa Gertrudis, cosechó una cantidad mucho mayor, aunque no cuanta necesitaba para el consumo de la mision. Habia plantado por sí mismo una huertecilla, en que habian nacido varias plantas de las semillas que habia llevado de Méjico, y esperaba á que estuviesen algo mas crecidas para trasplantarlas; pero las perdió todas por el aturdimiento de los indios, porque debiendo llevar el sagrado viático á un soldado que se hallaba gravemente enfermo, mandó á sus neófitos que barriesen la calle y esparciesen yerbas en ella; y no encontrando ellos otras mejores que las de la huerta del misionero, las arrancaron todas y las esparcieron en la calle. El padre al salir con el Santísimo Sacramento notó que lo que iba pisando era el fruto de su trabajo; pero hizo de ello un sacrificio voluntario al Criador.

Después de diez y ocho meses de establecida aquella mision, no habian podido hallarse pastos en todo su territorio, hasta que habiendo estado en ella el capitan gobernador, tomó empeño en buscarlos de nuevo, y halló por fin sobre una colina á ocho leguas de distancia de *Adac* una llanura con agua y pasto suficiente para ochocientas cabezas de ganado mayor. Apenas tuvieron los otros misioneros noticia de este descubrimiento tan ventajoso á la mision, cuando mandaron allá caballos y vacas, y desde entonces se tuvo carne fresca para comer. Cuando se llevó á este lugar el ganado en diciembre de 1763, se vió nevar en la colina, lo cual no se habia visto en todo el resto de la California. En *Adac* podia tambien comerse pescado fresco, porque en el puerto de los Angeles es abundante la pesca; pero el padre Link se privaba de este manjar por evitar á sus neófitos el trabajo de traerle.

Esta prosperidad de la mision de San Francisco de Borja en las cosas temporales, no era comparable con la que tuvo en los progresos de la religion cristiana. Habiéndose fundado con trescientos neófitos, se fué aumentando notablemente, porque los gentiles acudian en bandadas á instruirse y bautizarse, y en todo el tiempo que duró la mision hasta la expulsion de los jesuitas, casi jamás faltaron catecúmenos. El padre

Link viendo que la iglesia que se habia hecho al principio era pequeña y mal fabricada, construyó otra mas grande. En el pueblo habitaban de pié, además de los soldados, casi treinta familias de neófitos, sin contar con los catecúmenos que estaban en actual instruccion y con una tribu de neófitos que venia de otra parte, pues cada semana se quedaba allí una de las tribus de fuera, tanto á renovar su instruccion, oír misa, recibir los sacramentos si los pedían y emplearse en otros ejercicios de devocion, cuanto á trabajar en la labor ó ejercitarse en otros oficios, para irse acostumbrando al trabajo y evitar la ociosidad, tan perniciosa á las buenas costumbres. El sábado se iba la tribu que habia estado allí en la semana, y venia otra á ocuparse en lo mismo.

§ VIII.

ES INQUIETADA LA MISION DE SAN FRANCISCO DE BORJA Y SE PONE REMEDIO Á ESTA INQUIETUD.

En medio de su felicidad tuvo que sufrir esta mision no pocas ni pequeñas contradicciones, como sucede siempre á todas las obras de la gloria de Dios. Una tribu de gentiles feroces que habitaba en un lugar distante de *Adac* treinta leguas al Noroeste, viendo establecida la mision y que sus paisanos acudian á ella á porfía para hacerse cristianos, y no pudiendo sufrir aquella nueva religion que enfrenaba su perniciosa libertad y corregia sus antiguas costumbres, tomaron la bárbara resolucion de perseguir, sin dar cuartel á nadie, á todos los que hubiesen abrazado ó quisiesen abrazar el cristianismo. Sabiendo pues que los gentiles que habitaban entre ellos y los neófitos habian declarado que querian ser cristianos, cayeron armados sobre la tribu mas próxima, y después sucesivamente sobre las otras, matando muchos y poniendo en fuga á los restantes. Estos, refugiados entre los cristianos, los pusieron á todos en consternacion. El padre Retz, consultado por el padre Link, fué de opinion que debia hacerse frente á los bárbaros y atemorizarlos de modo que en lo sucesivo no se atreviesen á cometer semejantes hostilidades, pues de otra suerte, creciendo con aquellos estragos su engrandecimiento y su orgullo, no cesarian de hacer á los cristianos todo el mal posible; y no contento con dar este consejo, mandó una tropa de sus neófitos bien armados, para que unidos con los de *Adac* y con los soldados, les saliesen al encuentro á los enemigos.

Aceptado el consejo y dispuesto aquel pequeño ejército, se dió orden á su jefe de que se portase en aquella expedicion de modo que sin matar á ninguno de los enemigos, los cogiese á todos y los condujese prisioneros á *Adac*. Así lo ejecutaron puntualmente, porque habiéndose informado del lugar en que acampaban los ene-

migos, se acercaron con mucho silencio, y cayendo derepente sobre ellos, los cogieron y ataron, sin disparar un arcabuz ni tirar una flecha, les quemaron sus cabañas ó enramadas y se apoderaron de sus armas y de sus miserables muebles. Conducidos en triunfo á *Adac*, fueron puestos en prision en la casa de los soldados, cuyo cabo, que hacia de juez, hizo saber á los reos que aunque eran dignos del último suplicio, él, usando de la clemencia cristiana, los condenaba solamente á la pena de azotes. Este castigo se aplicó solamente á los doce mas culpables con el mismo aparato usado ya en un caso semejante en la mision de San Ignacio, y valiéndose de la misma industria de que se habian valido con tan buen éxito los padres Sestiaga y Luyando. Apenas se habian dado ocho ó diez azotes á cada uno de los reos, cuando salia el padre Link á suplicar al juez que mandase cesar el castigo, y este se lo otorgaba, haciendo saber al reo que si no fuera por la mediacion de aquel santo sacerdote, ministro del Altísimo, habria sido tratado con mayor rigor. Terminado aquel acto de justicia, volvian los reos á su prision, adonde iba el misionero á darles de comer y hacerles algunas exhortaciones útiles. Los primeros dias se manifestaron aquellos indios sobremanera indignados é impacientes, y uno de ellos no estaba de tal suerte, que parecia frenético ó rabioso; pero por una parte con la continuacion del castigo por siete ú ocho dias, y por otra con las paternales exhortaciones y buenos oficios del padre Link, llegaron á estar muy mansos y humildes. Luego que sufrieron la pena de sus atentados, fueron puestos en libertad, y marcharon á su país con poca gana de repetir sus hostilidades. De este modo atraídos del buen orden que reinaba en *Adac*, de la paz y tranquilidad que allí gozaban los cristianos y de la caridad con que habian sido tratados por el misionero, ó por mejor decir, movidos por el atractivo de la gracia del Señor, volvieron después de algun tiempo con sus familias y parientes, y con otros varios gentiles que se les agregaron, á pedir con instancia el bautismo, que recibieron después de bien instruidos y de haber dado pruebas suficientes de la sinceridad de su conversion.

Poco tiempo después de fundada aquella mision, un guama que sentia mucho el perjuicio que á sus intereses causaba la conversion de sus paisanos, determinó retraerlos del cristianismo por medio de espantos. Para conseguirlo, encendió una noche una grande hoguera en *Adac*, y se puso á aullar horriblemente al rededor de ella. Los circustantes al oír aquellos aullidos y al ver los diversos y extraordinarios colores que aparecian en las llamas, ó por un verdadero efecto de los combustibles ó por mera ilusion de su exaltada fantasia, se atemorizaron de tal modo que huyeron á la casa del misionero á ponerse bajo su proteccion. El padre Link, informado

del suceso, se acercó intrépidamente al guama con un látigo en la mano; pero este huyó sin atreverse á esperarle. Los neófitos, deponiendo el temor, apreciaron mas desde entonces al misionero porque habia manifestado valor; y el guama, convertido sinceramente después de algun tiempo y bautizado, vivió en lo sucesivo como buen cristiano.

§ IX.

MUERTE DEL PADRE NEUMAYER. VIAJE DEL PADRE LINK.

El 30 de agosto de 1764, dos años después de la fundacion de la mision de San Francisco de Borja, murió en la de Todos Santos el padre Carlos Neumayer, alemán. Habia estado algunos años en las misiones de Topia, de donde fué enviado en 1745 á las de la California, observando en unas y otras una vida verdaderamente apostólica, afrontando intrépidamente los peligros por no faltar á su deber, y no perdonando ningun trabajo que pudiera contribuir á la gloria de Dios y al bien espiritual y temporal de sus neófitos. El hacia de peon labrando con sus propias manos la tierra; de pescador estando á veces dentro del agua hasta media pierna; de arquitecto, de albañil y de carpintero, fabricando personalmente la iglesia y las casillas de los indios; de sastre cortando y cosiendo sus vestidos; de médico y de enfermero, cuidando de los enfermos y aplicando por sí mismo los remedios aun á las llagas mas asquerosas: en suma, él se hizo todo con todos para ganarlos á todos para Jesucristo. A él como á padre ocurrían los necesitados y afligidos, esperando hallar en su conocida caridad el remedio y el consuelo. Murió santamente, después de haber dado grandes ejemplos de paciencia en su última enfermedad.

Dos meses antes habian llegado á la California dos misioneros nuevos, el padre Victoriano Arnes y el padre Francisco Javier Franco. Este fué enviado á Todos Santos á asistir al padre Neumayer en su última enfermedad y sucederle en el gobierno de la mision. El padre Arnes fué destinado á San Francisco de Borja á ayudar al padre Ling, mientras se hallaba lugar en donde establecer una nueva mision. Así el padre Link, teniendo quien hiciese sus veces, pudo el año de 1765, ausentarse algunos dias en un viaje que juzgaba útil para la propagacion del cristianismo. Como algunos de sus neófitos que habitaban en la costa del golfo le dijeron que habian observado fuegos en la isla del Angel Custodio, distante ocho leguas de la misma costa, creyó que vivirian allí algunos gentiles á quienes no se hubiese anunciado el Evangelio. Se embarcó pues en el puerto de los Angeles, y se dirigió para allá en compañía de algunos soldados y neófitos. La isla se extiende de Sureste á Noroeste comenzando á co-

sa de 30° 20' y terminando mas allá del paralelo de 31°. Su largo, segun la carta formada por el padre Consag, es de unas diez y siete leguas y su ancho no pasa de dos.

El padre Link recorrió á pié una parte considerable de ella sin hallar ni habitantes, ni animales, ni agua, y así le pareció todo lo restante. El hubiera querido reconocerla toda; pero la falta de agua le obligó á abandonar la empresa. Al volver al puerto de los Angeles se vieron muy fatigados por la sed, y molestados por la violencia de los vientos contrarios, que varias veces los repelieron hácia la isla, y una de ellas, habiendo roto la vela, trastornaron el barco de tal modo, que á no ser por la destreza del patron Buenaventura de Ahome y de un soldado que le enderezaron, se hubieran ahogado todos infaliblemente. Por fin calmando el tiempo, tomaron el puerto de los Angeles. El padre Link quedó persuadido de que la isla era desierta y de que los fuegos vistos por los neófitos habrian sido encendidos, ó por algunos californios que pasarian á ella en balsas, ó acaso por algunos pescadores de perla venidos de Sinaloa.

No fué tan infructuoso el viaje por tierra al rio Colorado que el año siguiente hizo el mismo padre Link; pero antes de hablar de él, es necesario dar una ojeada á las misiones meridionales, las que acaso parecerá que hemos olvidado por mucho tiempo, debiendo ellas tener tanta parte en esta historia por sus repetidas desgracias, cuanta las setentrionales por sus felices progresos.

§ X.

NUEVA CALAMIDAD PARA LAS MISIONES MERIDIONALES. INICUAS PRETENSIONES Y QUERELLAS DE LOS PERICÚES.

Fueron sin duda grandes los males causados en la parte austral por la rebelion de los pericúes y por las enfermedades epidémicas que redujeron la poblacion á la sexta parte. Después en el año de 1748 se comenzó la explotacion de una mina de plata, nueva calamidad para aquellas misiones y nueva fuente de desórdenes y de afanes. Don Manuel de Ocio, soldado antiguo del presidio de Loreto, se habia licenciado de la milicia para hacer fortuna en la pesca de perla, con la que efectivamente enriqueció; pero viendo después que la pesca no era muy útil porque comenzaban á faltar las perlas, se dedicó á trabajar una mina de plata en un lugar de la península llamado Santa Ana, á doce leguas de la mision de Santiago, y con este fin llevó operarios de la Nueva España. Mas como no llevó tambien un sacerdote que cuidase de ellos, fué preciso que el misionero de Santiago hiciese con ellos de párroco, trasladándose allá con frecuencia á decir misa y á administrarles los sacramentos, cuyo trabajo se aumentó en 1756, cuando se

comenzó á trabajar la mina de San Antonio, aun mas distante de aquella mision. El misionero hacia estos servicios por el solo bien de aquellas almas y sin la menor utilidad temporal, tanto que en vez de percibir alguna recompensa, tenia por lo regular que llevar que comer, no solo para sí y para los neófitos que le acompañaban, sino tambien para algunos de aquellos pobres operarios. A pesar de esto, el superior de las misiones temiendo que los enemigos de los jesuitas tomasen para columniarlos pretexto de aquello mismo que se hacia solamente por caridad, hizo tales instancias á Ocio, que le obligó á solicitar en Guadalajara un sacerdote con las facultades necesarias para que hiciese de párroco en la mina; pero habiéndose disgustado este á los dos ó tres años, se volvió á su patria, y como no se halló otro que quisiese sucederle, fué preciso que el misionero de Santiago volviese á tomar sobre sí aquella afanosa carga.

Faltando víveres á los operarios y no teniendo donde comprarlos, para proveerse no podian menos que ocurrir á las misiones de Santiago y Todos Santos, que eran las mas cercanas. Los misioneros no querian venderles sus provisiones, porque las necesitaban para sus neófitos y porque ciertamente no debian dejarse vencer, para obligar de esta manera á Ocio á abandonar aquellas minas, poco útiles para él y muy perniciosas al nuevo cristianismo, ó á solicitar en otra parte con su mucho dinero lo necesario sin perjuicio de las misiones; pero fueron tales las súplicas y tan importunas las instancias de aquellos hombres, que los misioneros cedieron á ellas concediéndoles, no toda la cantidad de víveres que pedian, sino una parte. Los daban gratuitamente á los verdaderamente pobres, y los vendian por sus justos precios á los que tenían con que comprarlos; empleando después el producido de las ventas en el culto divino ó en lienzo para sus neófitos, porque los misioneros no se juzgaban dueños, sino administradores de los bienes de las misiones, á pesar de que estos eran el fruto de su trabajo y de su industriosa economía. Sin embargo de esto, no pudieron evitar los tiros de la calumnia. ¿Ni cómo evitarlos, cualquiera que hubiera sido el partido que tomasen? Si vendian el maíz y otros frutos de las misiones á los operarios de las minas, decían los enemigos de la Compañía que los misioneros de la California se habian vuelto comerciantes, así como lo decían porque el de Santiago, conformándose con la voluntad del virey y con los preceptos de la caridad, suministraba refresco al navío de las islas Filipinas que anualmente abordaba al puerto de San Bernabé. Si hubieran dado gratuitamente todas las provisiones que se les pedian, se habria dicho cuando menos, y no sin razon, que eran unos necios que empobrecian sus misiones y privaban á los neófitos de lo necesario por darlo á aquellos viles forasteros, y se le habria atribuido

á esta caridad un fin torcido. En fin, si hubieran negado absolutamente los víveres, habrian publicado sus enemigos que los misioneros de la California se oponian á las ventajas del real erario estorbando con su avaricia la explotacion de las minas. Tal es el contraste que ordinariamente se nota entre los intereses de Dios y los del mundo.

No eran estos los mayores males que las minas causaban á las misiones. Los operarios, hombres sacados de la hez del pueblo, y por lo regular desmoralizados, comenzaron pronto á disputar con sus sugerencias la natural inquietud y malas inclinaciones de los pericúes. Les decían que los indios de Méjico pagaban tributo al rey y mantenian á sus curas, pero gozaban entera libertad é iban á donde querian; que los curas los dejaban hacer cuanto les parecia, con tal que cumpliesen con la Iglesia, y que cada indio tenia su campo, que cultivaba á su arbitrio, vendiendo los frutos en las minas ó en alguna ciudad, segun le tenia mas cuenta.

Estas relaciones, llenas de falsedad y acompañadas de consejos perniciosos, condujeron á los necios pericúes á las mas extravagantes é inicuas pretensiones. Querian que se les distribuyesen las tierras de las misiones, las cuales habiendo sido antes incultas se hallaban cultivadas por la grande industria, constantes trabajos y no pocos gastos de los misioneros. Pretendian que cada uno de ellos fuera dueño de cultivar su campo como le pareciese y de vender los frutos á donde quisiese, sin perjuicio de que los misioneros continuasen alimentando, como lo hacian, á todas las mujeres, muchachos, viejos y enfermos de las misiones, dando además bestias de carga á los que quisiesen ir á otra parte á vender sus frutos. No contentos con esto, querian tener libertad de viajar no solo por todas las misiones de la península, sino á las provincias ultramarinas de Sinaloa, Culiacan y Nueva Galicia, y que con este fin se pusiese á su disposicion el barco de la mision de Santiago, comprado en ochocientos y mas pesos tomados del capital de la fundacion para que en él se trasportaran las cosas que la misma mision necesitaba.

Entre estas pretensiones irracionales; la que se referia á la division de las tierras habria sido muy justa y tan ventajosa á las misiones como á los indios, si estos hubieran sido útiles para trabajar por sí mismos en la labor y conservar los frutos. Pero aquellos hombres recién sacados de la vida salvaje y acostumbrados á mantenerse con las frutas que espontáneamente les ofrecen los árboles, aborrecen sobre manera los trabajos de la agricultura, y haciendo poco aprecio de lo futuro, desperdician en una semana las provisiones de muchos meses. No sacuden la pereza si no son industriosamente alentados y caritativamente estrechados al trabajo, ni habrian podido gozar todo el año de los productos de la agricultura si los

misioneros no los hubieran guardado para írselos distribuyendo con prudente economía.

En la facultad de ir á donde quisieran, que á primera vista parece debida á la natural libertad del hombre, pedian mas de lo que les era permitido en el tiempo de su gentilismo. Ellos entonces á pesar de que andaban errantes y vagabundos sin poblaciones ni casas, estaban de tal suerte confinados en el distrito de su propia nacion, que ni los pericúes podian pasar al país de los guaicuras, ni estos al de los cochimíes; y lo que es todavía mas notable, ni aun era permitido á una tribu poner los piés en el territorio de otra de la misma nacion. Mas después de haber recibido el cristianismo, podian á su antojo andar por todo el territorio de su respectiva mision, que era muy vasto, y pasar á los países circunvecinos; mas para ir á las misiones lejanas debian pedir licencia al misionero, el cual fácilmente la concedia siempre que habia motivo justo y no se temia algun grave inconveniente, porque de otro modo estos viajes, especialmente si eran de larga duracion, causaban mucho perjuicio á los mismos indios que los hacian, á sus familias y á las misiones. Allí era costumbre constantemente observada que los misioneros mantuviesen á los neófitos forasteros todo el tiempo que duraban en sus misiones y cuidasen de ellos como si pertenecieran á su grey.

Otro origen de inquietudes y quejas entre los pericúes era la escasez de mujeres. Es cosa verdaderamente admirable que habiendo sido en el tiempo de su gentilismo comunísima la poligamia y el sexo femenino mucho mas numeroso que el otro, hubiera aquel llegado á disminuirse después de algunos años tanto que apenas habia una mujer por diez hombres. Tal vez serian la causa las enfermedades de los años anteriores, las cuales acaso harian mayor estrago en el sexo débil. Este exceso del número de hombres sobre el de mujeres era comun en algunas misiones setentrionales; pero en ellas no les era tan difícil á aquellos encontrar mujer en otras misiones vecinas en las cuales no se habia disminuído tanto este sexo. Algunos jóvenes de Loreto que no podian casarse por falta de novias, fueron con permiso y recomendacion de su misionero á buscarlas entre los yaquis, los cuales viéndolos bien vestidos y de buenas costumbres, no tuvieron embarazo en darles á sus hijas, que trasladadas á Loreto con sus maridos, vivieron contentas y como buenas cristianas. Pero ni los yaquis ni ningunos otros hubieran concedido con tanta facilidad sus hijas á los revoltosos pericúes, universalmente desacreditados por su inquietud y rebeliones. El misionero de Santiago hizo, aunque en vano, todos los esfuerzos posibles para socorrer la necesidad de estos y satisfacer á sus importunas y arrogantes demandas. Escribió con este fin á los misioneros de Sinaloa, pero nada consiguió. Por medio de los mismos pidió al gobernador de aquella provincia

que supuesto que hacia la guerra á los seríes, mandase á la California las jóvenes que cogiese de aquella nacion para casarlas con los pericúes. El gobernador convino en ello, pero no llegó á coger ninguna, y así quedaron burladas las esperanzas del misionero.

§ XI.

CONCILIÁBULO DE LOS PERICÚES. ÉXITO DE SUS DELIBERACIONES Y PRETENSIONES.

Los turbulentos pericúes viendo que en la California no eran escuchadas sus exorbitantes pretensiones, tuvieron ocultamente un conciliábulo en que deliberaron presentarlas al gobierno de Guadalajara ó al de Méjico, y pedir tambien que se les quitase el misionero y en su lugar se les pusiese un cura del clero secular, prometiendo sostenerle y pagar además tributo al rey. No puede imaginarse pretension mas necia y risible que esta, pues se creian capaces de sufragar tales expensas unos hombres que no podian mantenerse á si mismos y á sus familias. Para poner por obra su proyectado viaje ultramarino se dirigieron de noche y con mucho secreto al fondeadero en que estaba el barco de la mision y al almacen donde se guardaban las anclas, velas, remos y demás necesarios, y apoderándose de todo y proveyéndose de agua, se embarcaron veinte y se hicieron inmediatamente á la vela. Los cómplices de esta maldad la tuvieron tan oculta, que hasta después de ejecutada no tuvieron de ella ninguna sospecha ni el misionero, ni los soldados, ni el gobernador de Santiago, el cual, aunque pericú, era hombre de bien, y se habria opuesto constantemente á los perversos designios de sus paisanos si los hubiera sabido á tiempo.

Los navegantes, habiendo atravesado el golfo, llegaron á la costa de Sinaloa, cerca de la mision de Ahome, gobernada entonces por el padre Antonio Ventura. Este, informado del motivo y circunstancias del viaje, les vituperó con buen modo aquellas turbulencias con que se hacian odiosos á Dios y á los hombres, aquella temeridad de apoderarse á guisa de ladrones del barco de la mision y aquella ingratitud para con sus misioneros, que tanto se habian afanado por su bien. Habiéndolos así aquietado un poco, los detuvo en la mision, manteniéndolos á su costa casi seis meses; pero tres de ellos se habian internado en el país hasta el presidio de Montecclaros, en donde presentaron sus quejas al teniente gobernador de Sinaloa, el cual habia ya comenzado á formar expediente, á pesar de no pertenecerle de ningun modo los negocios de la California; pero fué prudentemente disuadido por el padre Ventura. En virtud de un aviso de este misionero, mandó el procurador de Loreto un bastimento al puerto de Ahome á recoger aquellos fugitivos y conducirlos á Loreto, como en

efecto se hizo. El capitán gobernador queria castigarlos como lo merecian; pero cediendo á las súplicas de los misioneros, les concedió el perdón, y esta impunidad alentó á los delincuentes á repetir el delito, como luego veremos.

Hallándose de regreso en su país los turbulentos pericúes, no abandonaron sus extravagantes pretensiones; así es que de allí á poco las presentaron con su acostumbrada arrogancia al padre Ignacio Lisaxoain, visitador general de las misiones, el cual les contestó que no podia concederles lo que pedian porque habia órdenes expresas del virey de Méjico y del rey de España para que no se alterase el gobierno establecido en la península.

Pero como ellos estaban obstinados en sus resoluciones, no tardaron mucho en emprender otra fuga con el mismo intento que la primera. El misionero de Santiago, para impedirlo, habia hecho que se le llevasen las velas y demás útiles del barco y los tenia guardados cerca de sí. Pero ellos hallaron modo de abrir una noche la puerta del cuarto donde estaban guardadas aquellas cosas, y sacando las que necesitaban, las llevaron con mucho secreto y diligencia al puerto, y embarcándose se dirigieron como la primera vez á la costa de Sinaloa. Allí, habiendo abandonado el barco, que por este motivo se perdió, unos se encaminaron á Durango, capital de la Nueva Vizcaya, de los cuales no se volvió á saber, y otros se fueron por la costa á Tepic, lugar de la Nueva Galicia, distante cosa de trece leguas del puerto de Matanchel, y tres de ellos se internaron hasta la ciudad de Guadalajara, en donde expusieron sus pretensiones y quejas á uno de los oidores. Este las acogió de muy buena gana, porque eran contra los jesuitas, y en vez de transmitirlos como debia al virey, que podia imponerse en ellas con mas facilidad y dar mas prontamente las órdenes convenientes, dió parte á la corte de Madrid, donde esperaba hacer fortuna coadyuvando á las miras de los enemigos de la Compañía.

Luego que aquellos tres pericúes expusieron sus quejas, se volvieron á sus compañeros, que habiéndose esparcido por los alrededores de Tepic, habian comenzado á sentir los efectos de la miseria y á aprender muy á su costa que para vivir es necesario trabajar, y que habria sido mejor para ellos el estarse quietos en su patria gozando de la beneficencia de su misionero. Don José Manuel de Escobar, cura de Guainamota, pueblo el mas cercano al puerto de Matanchel, movido de su celo pastoral procuró recoger á aquellos miserables forasteros que andaban vagando dispersos, los exhortó á que se volviesen á su país y les prometió conseguir su transporte en un buque de Loreto. Ellos mismos no tenian entonces necesidad de exhortaciones para decidirse por aquel partido, pues las desgracias que habian sufrido en su viaje y permanencia los ha-

bian affigido mucho y habian quitado la vida á algunos. La desgraciada muerte de uno de ellos causó mucha compasion y pesadumbre á aquel buen cura, que habiendo sido llamado á confesarle porque se habia enfermado en un bosque muy distante de Guainamota, aunque se apresuró para llegar á tiempo, no halló de aquel desgraciado mas que la osamenta, pues ó muerto ó moribundo le habian devorado las fieras.

Habiendo llegado á Matanchel el deseado buque de la California, se embarcaron en él aquellos desgraciados fugitivos y fueron llevados á Loreto, y de allí pasaron á su patria dos años después de su fuga con pocas ganas de repetirla, aunque ni en esta segunda vez recibieron el castigo merecido. La mision de Santiago quedó como la de los Dolores, privada de su barco, tan necesario para el trasporte de todo lo que se mandaba de Loreto á ella y á la de Todos Santos: el misionero no quiso comprar otro porque sus turbulentos neófitos no se valiesen de él para otra fuga. Las provisiones necesarias que antes se le enviaban por mar, se le mandaron en adelante en mulas de carga por un mal camino de cien leguas, retardándose de este modo las remesas y aumentándose las molestias y los gastos. Los pericúes, aunque poco ganosos de viajes trasmarinos, no desistieron de sus pretensiones, pues las presentaron de nuevo al padre Carlos Rojas, visitador general de aquellas misiones, que llegó á la California á principios de 1766; pero fueron igualmente desechadas por él.

§ XII.

LOS JESUITAS RENUNCIAN SOLEMNEMENTE LAS MISIONES Y UNA CRECIDA HERENCIA.

En aquel mismo tiempo el padre Francisco Cevallos, provincial de los jesuitas de Méjico, fundado en poderosas razones y después de una madura deliberacion, hizo ante el virey una solemne renuncia de todas las ciento y tantas misiones que estaban al cargo y direccion de sus religiosos, y señaladamente de las de la California, ofreciendo al rey católico en nombre de toda la provincia que los padres se emplearian en otras misiones laboriosas entre gentiles siempre que su majestad quisiera servirse de sus personas. Como este negocio era de grande importancia, el virey para tratarle tuvo una junta de los oidores, el auditor de guerra y el fiscal, y en ella se dispuso que se les pidiese informe á los obispos y gobernadores en cuyos distritos estaban situadas las misiones de los jesuitas. Los obispos se opusieron á la aceptacion de esta renuncia, y de los gobernadores, al menos de la mayor parte, debe pensarse lo mismo. El virey se abstuvo de tomar resolucion en el negocio, pero se cree que enviaria á la corte la renuncia y los informes de los obispos y gobernadores. Luego que los misioneros de la

California tuvieron noticia de esto, pretendieron por medio de su procurador en Méjico, que en caso que el virey no aceptase la renuncia general, la aceptase por lo menos en cuanto á las dos misiones meridionales de aquella península, en las cuales era poco el fruto y muy grandes y continuos los trabajos y disgustos, principalmente desde que se habian comenzado á trabajar las minas, pues no seria tan difícil hallar para ellas como para las otras quien quisiese encargarse de su cuidado, porque las creian ricas todos los que no las conocian. Pero ni aun esto se pudo conseguir á pesar de las instancias que el procurador hizo al virey.

Mucho mas ruidosa fué otra renuncia que hicieron los mismos jesuitas el año siguiente de 1767. Doña Josefa de Argüelles y Miranda, señora mejicana no menos piadosa que rica, dejó en su muerte á las misiones de la California y al colegio de Guadalajara sus cuantiosos bienes, que ascendian, segun la opinion comun, á seiscientos mil pesos. Un capital tan considerable habria activado mucho los progresos del cristianismo en la península; pero aquellos jesuitas temiendo irritar mucho á los enemigos de su orden, tan atormentado con calumnias en Portugal, en Francia y en otros Estados de Europa, renunciaron solemnemente aquella herencia ante el gobierno de Méjico. Sus enemigos quedaron al principio admirados, pero después atribuyeron esta resolución á su astuta política.

§ XIII.

SE BUSCAN OTROS LUGARES PARA LA FUNDACION DE NUEVAS MISIONES, Y SE LE DA ESTA COMISION AL PADRE LINK.

Ni estas renunciaciones hechas por los superiores, ni los disgustos causados por los inquietos pericútes entibieron el celo de aquellos misioneros. Ellos deseaban promover el cristianismo hácia el Norte con nuevas misiones, pero no se habian hallado lugares donde plantarlas, á excepcion de *Calagnujuet*, distante treinta leguas de la mision de San Francisco de Borja, situado entre los montes y el golfo, y descubierto á fines de 1753 por el padre Consag; mas la falta de agua potable parecia un grande obstáculo, pues solo habia la de un arroyo, que estando cargada de caparrosa, tenia un sabor áspero y astringente, y por este motivo se creia con razon dañosa á la salud, aunque los indios usaban de ella. Era, pues, necesario hacer nuevas investigaciones, y esta comision la dió el superior al padre Link, á quien se le encargó tambien que procurase reconocer todo el país hasta el rio Colorado. El capitán gobernador quiso que el misionero fuese acompañado del teniente de Loreto y quince soldados para impedir las hostilidades, que se temian con razon en aquel viaje, porque en el último que

hizo el padre Santiago Sedelmayer, queriendo los bárbaros habitantes de las márgenes del rio Colorado quitar por fuerza los caballos á los soldados que le acompañaban y no pudiendo estos apartarlos de su intento con palabras, se vieron obligados á hacer uso de las armas matando algunos, y habiéndose enemistado por este motivo los bárbaros con los españoles, se temia que ahora quisiesen vengarse. Este número de soldados aumentaba los gastos del viaje, á que contribuyeron todas las misiones que habia desde Loreto hasta San Francisco de Borja, mandando víveres y bestias que los llevasen por aquellos desconocidos países, donde no era posible proveerse de ellos.

Hechos los preparativos salió de Adac el padre Link en febrero de 1766 acompañado del teniente, de los quince soldados y de un competente número de neófitos, y se encaminó hácia el Norte por entre las montañas y el mar Pacífico. Caminaron algunos dias por una tierra no tan montuosa y áspera como el resto del país de los cochimies, pero tan estéril y árida que apenas habia agua potable para los viajeros y las bestias. Pasando adelante encontraron un terreno abundante en pastos, con un arroyo y varios manantiales, cuya agua aunque no alcanzaba para regar sementeras, bastaba para abreviar un número considerable de cabezas de ganado mayor, que podian mantenerse allí. Este lugar fué llamado *San Juan de Dios*, acaso porque fué descubierto el 8 de marzo en que se celebra la fiesta de este santo; mas para que fuese útil se necesitaba hallar á poca distancia otro donde pudiese plantarse la mision. Se halló cuatro leguas mas adelante, donde habia un arroyo copioso, cuya agua podia regar fácilmente el terreno labrantío que habia en sus dos costados. Habia además muchos pinos, guaribos y otras especies de árboles útiles para fabricar, que faltaban en todas las otras misiones de la California á excepcion de las meridionales. Este lugar, situado á cosa de 32° y llamado por los indios *Guiricatá*, les pareció á nuestros viajeros distante de Adac cuarenta leguas, aun por el camino mas corto que fuese posible.

Continuando su viaje hasta los 33° ó poco mas, observaron que desde San Juan de Dios hácia el Norte la tierra aparecia menos desagradable porque tenia mas abundancia de agua y vegetales y sus habitantes eran mas afables y menos espantadizos. Es verdad que á la primera vez huian por el espanto que les causaba aquella gente extraña que entraba en su país, y mucho mas los caballos, que jamás habian visto; pero luego que los neófitos de la comitiva les aseguraban que no les harian ningun mal, volvian sin temor, se acercaban confiadamente á nuestros viajeros, respondian amigablemente á todas sus preguntas, les manifestaban los lugares en que habia agua potable y los acompañaban parte del camino. Habién-

dose puesto en fuga una de aquellas tribus bárbaras al ver la comitiva, la viuda de un indio principal de la misma tribu, sin atemorizarse ni moverse del lugar donde estaba, los llamó diciéndoles que viniesen á ver si aquellos hombres eran verdaderamente amigos como lo parecian. Hallándose segura de esto, trató á sus huéspedes con maneras tan corteses, que no parecia educada en los bosques, sino en alguna ciudad. El capotillo de pieles que traia puesto, mas nuevo y hermoso que los de las otras mujeres, el aire señorial que manifestaba en todas sus acciones, y sobre todo, la deferencia y respeto con que la trataban todos los de su tribu, persuadieron á nuestros viajeros que seria verdaderamente señora de aquellos indios, lo que era tanto mas admirable cuanto mas envilecido se hallaba el sexo femenino en el resto de la California. Otra tribu de bárbaros mostró un valor superior al de los otros californios. Al ver ellos que se acercaban algunos soldados que se habian adelantado á sus compañeros, tomaron sus arcos, empulgaron las flechas y se pararon intrépidamente de frente, sin manifestar ningun temor á las armas y caballos de los soldados. No pudiendo estos tranquilizarlos con razones porque ignoraban la lengua y estándoles prohibido hacer uso de sus armas, tomaron el partido de retroceder, hasta que habiendo llegado un intérprete, manifestó á los bárbaros que aquellas gentes no habian ido á hacerles ningun mal, lo cual bastó para apaciguarlos y para que tratasen como amigos á aquellos extranjeros. Tanto al padre Link cuanto á su comitiva les pareció que todos los salvajes de aquellos países estaban en buena disposicion para abrazar el cristianismo. Ellos escuchaban con atencion y respeto las exhortaciones que les hacia el misionero, el cual tuvo el consuelo de abrir con el bautismo las puertas del paraíso á dos párvulos moribundos y á una mujer muy anciana que murió luego.

En aquel país se vieron algunas cabañas de madera labrada, lo que da á entender que sus habitantes son mas laboriosos é industriosos que los otros californios; mas estas cabañas estaban desiertas, y por eso se creyó que no las habrian fabricado para habitarlas permanentemente, sino para refugiarse en tiempo de frio; porque no es allí rara la nieve en invierno, y nuestros viajeros vieron nevar en abril.

Luego que estos creyeron que se hallaban en la latitud del rio Colorado, caminaron hácia el Oriente para pasar los montes y bajar á las bocas del rio; pero los montes eran tan riscosos y escarpados que no podian trepar los caballos. Se desviaron de allí para buscar un paso menos malo, y dieron en un arenal tan grande, que faltándoles agua y temiendo que los caballos se inutilizasen con la demasiada fatiga, determinaron abandonar por entonces la empresa para acometerla de nuevo el año siguiente, y se volvieron

á Adac en pocos dias. Los diarios de este viaje, escritos por el padre Link y por el teniente, fueron remitidos al virey.

§ XIV.

MISION DE CALAGNUJUET Y MISIONEROS DESTINADOS Á ELLA.

No habia pues para el establecimiento de la mision proyectada otro lugar á propósito sino el de Guiricatá, situado á cosa de 32°; pero como este distaba sesenta leguas de Adac, debia quedar aislada la mision, dejando en medio muchos gentiles que podian impedir la comunicacion entre las dos, ó á lo menos hacer difícil y arriesgado el transporte de las provisiones de la una á la otra. Para evitar estos inconvenientes, habian procurado siempre los misioneros no plantar ninguna mision sino después de haber hecho cristianos á todos los bárbaros que habitaban entre ella y la mas carcana. Debian por tanto fundar una que sirviese de escala á la que se queria establecer en Guiricatá, como en efecto se plantó en octubre de 1766 en *Calagnujuet*, lugar situado á los 30° 40' en la falda de un alto monte llamado *Juzai*, tres ó cuatro leguas distante de golfo. Este lugar aunque al principio se juzgó inútil para la fundacion, como realmente lo era por la mala calidad de su agua, sin embargo, se prefirió porque no habia otro mejor en todo aquel grande espacio que media entre Adac y Guiricatá, y se creyó entonces que aquella agua mineral serviria cuando menos para fecundar el terreno que debia cultivarse.

Fueron destinados por el superior á fundar aquella mision los padres Victoriano Arnes y Juan José Diez, que con este fin habian aprendido la lengua cochimi. Llevaron diez soldados porque al capitán gobernador le pareció que no era bastante un número menor para asegurar las vidas de los misioneros, en razon de hallarse aquella mision en la frontera de los bárbaros gentiles y tan distante del presidio. Los acompañaron tambien mas de cincuenta neófitos pertenecientes á aquel territorio, aunque bautizados en la mision de San Francisco de Borja. Entre ellos iba uno llamado Juan Nepumuceno, muy famoso en aquellas tierras y muy temido y respetado de los bárbaros por su grande valor. A este se le confirió el cargo de gobernador de los indios de Calagnujuet.

A mas de la casa para los soldados, se fabricaron solo tres estancias; una para que sirviese de capilla, otra para almacen de los víveres y la tercera para habitacion de los misioneros; pero como para estos cuatro edificios no habia sino una puerta de madera, se destinó al almacen, donde era mas necesaria. Era tal la miseria de esta naciente mision, que los misioneros necesitaban usar toda la economía posible para poder mantenerse y man-

tener á los soldados y catecúmenos. No siendo bebible aquella agua sino para los bárbaros, acostumbrados á comer y beber cuanto se les ponía delante, era preciso llevarla para los misioneros y soldados de unos pozos distantes media legua. Como esta mision estaba muy lejos de las otras que podían suministrarle víveres y por este motivo se dificultaba el transporte de ellos, procuraron los misioneros sacar del terreno al menos una parte de su subsistencia. Sembraron pues trigo, que nació fácilmente; pero habiendo comenzado á regarlo, como es necesario hacerlo en la California, se vió dentro de poco tiempo blanquear la tierra, cubriéndose de la caparrosa que llevaba el agua mineral del arroyo, y así todo se echó á perder. Además, faltaban absolutamente pastos para los caballos que habían menester los misioneros y soldados y para algunas ovejas enviadas por el padre Link.

A pesar de esta miseria la mision iba prosperando en lo perteneciente á la religion, porque luego que los bárbaros del país la vieron establecida, comenzaron á acudir á ella en gran número á instruirse y bautizarse. La escasez de víveres no permitía tener muchos catecúmenos á un tiempo; pero los misioneros se dedicaron á instruirlos con tal diligencia y teson, que los disponían al bautismo mas prontamente que en otras misiones; y luego que bautizaban y despedían una tropa, entraba otra á ser igualmente doctrinada. De este modo en pocos meses bautizaron entre adultos y párbulos mas de doscientos.

Pero fuese por el trabajo ó por las necesidades, el padre Diez se enfermó de tal suerte que se temió por su vida, por lo cual fué enviado á Adac, y después á Guadalupe; y habiéndose repuesto allí, fué destinado á la mision de la Purísima. El padre Arnes no solamente tuvo el disgusto de quedar sin el auxilio de su compañero, sino tambien el que le causaron las tentativas de algunos indómitos gentiles. Los habitantes de *Cagnajuet*, lugar distante veinte leguas al Norte de *Calagnujuet*, viendo que muchas jóvenes de las que antes servían á sus placeres iban á hacerse cristianas y por eso se rehusaban á condescender con sus torpes deseos, indignados contra el cristianismo, que era la causa de esto, pensaron en asaltar de noche la mision y quitar la vida al misionero y á los soldados; pero no atreviéndose á hacerlo por sí solos, convidaron otras dos tribus, y principalmente la de *Guiricatá*, que era muy numerosa. Estos no consintieron, porque el padre Link los habia acariciado y tratado bien en su viaje, y protestaron honrosamente que no querían emplear sus armas contra aquellos que no les habian hecho ningun mal. Con esta respuesta desistieron los de *Cagnajuet* de su proyecto de asalto; pero al mismo tiempo se resolvieron á ejercer sus hostilidades en todos los neófitos que llegasen á su distrito. Efectivamente, quisieron matar uno que fué allá casualmente, y á no ser por

un gentil pariente suyo que le defendió, hubiera perecido ciertamente en manos de aquellos bárbaros. Antes de que esta noticia llegase á oídos del padre Arnes, la supo el gobernador Juan Nepomuceno. Este valientísimo neófito, que parecia comunicar su intrepidez á los que mandaba, envió luego, sin decirle nada al misionero, seis hombres resueltos y bien armados á *Cagnajuet*, instruyéndolos previamente en lo que debían hacer. Cuando el padre Arnes lo supo quedó admirado de su temeridad, y muy cuidadoso del éxito de la empresa en que seis hombres tenían que habérselas con una tribu numerosa; pero se aumentó su admiracion cuando los vió venir á poco trayendo prisioneras seis familias de *Cagnajuet*. Dieron ellos su asalto por la noche con tal ímpetu y resolucion, que pusieron en desorden y fuga á los bárbaros medio dormidos y llenos de espanto, y los que no tuvieron tiempo para salvarse con la fuga, fueron llevados como carneros á *Calagnujuet*. El padre Arnes después de haberse convenido secretamente con el cabo de los soldados, que debía hacer de juez en aquella causa, le mandó un recado en público para que le oyesen todos, y principalmente los prisioneros, suplicándole encarecidamente que se contentase con aplicar un ligero castigo á los principales de los reos, perdonando á los restantes y concediéndoles á todos la libertad de regresarse á su país. El cabo aparentó ceder á las súplicas del misionero, y habiendo mandado dar solo ocho azotes al reo principal, los puso en libertad á todos. Ellos creyéndose deudores al misionero de aquel favor, fueron á darle las gracias, y él después de haberles afeado aquel inicuo intento de perseguir como enemigos á los que no les hacían daño, les declaró algunos artículos del cristianismo, y principalmente la necesidad del bautismo para salvar el alma. Se mostraron de tal suerte persuadidos, que inmediatamente se alistaron entre los catecúmenos y comenzaron á instruirse, y aunque á los ocho dias se fueron á su país, ó por libertar á sus parientes de la inquietud en que estarían sobre su suerte, ó porque esperaban ser mas cómodamente instruidos en el lugar á donde iba á trasladarse la mision, como mas próximo á *Cagnajuet*, al fin fueron catequizados y bautizados con otros muchos de su tribu.

§ XV.

SE TRASLADA Á OTRA PARTE LA MISION CON EL TÍTULO DE SANTA MARÍA, Y ES LA ÚLTIMA QUE PLANTAN LOS JESUITAS EN LA CALIFORNIA.

El padre Arnes, habiendo sufrido grandes incomodidades en *Calagnujuet* y viendo que no era posible subsistir en aquel lugar tan estéril y falto de todo, se dedicó á buscar por todas partes otro mas tolerable, y después de muchos viajes la halló cerca del arroyo *Cabujacaamang* en

mayo del año de 1767. Este lugar, situado á cosa de 31°, dista de *Calagnujuet* unas diez y seis leguas al Noroeste y de *Adac* mas de treinta y cinco al Nornoroeste. Su terreno no es tan estéril como el que se dejaba, y aunque igualmente falto de frutos, pastos y leña, la poca agua de su arroyo es muy buena. Habia tambien en él algunas palmas de madera roja, buena para fabricar, y la escasez de frutos se compensaba en alguna manera con la abundancia de buen pescado en el golfo, del que solo dista cuatro leguas.

La iglesia y las casas del misionero y de los soldados que allí se fabricaron, fueron miserables cabañas de madera cubiertas con hojas de palma. Se le dió á la mision el título de Santa María, dedicándola á la Madre de Dios, en memoria de la señora duquesa de Gandía, insigne bienhechora de las misiones, á cuyas expensas se fundó esta y estaban para fundarse otras. El misionero para no omitir ninguna diligencia que pudiera ser ventajosa á su mision, cultivó un pequeño campo cerca del arroyo, y en él sembró trigo y algodón, cuyas siembras se hallaban en buen estado en enero de 1768, cuando los jesuitas fueron obligados á abandonar aquellas misiones.

El padre Arnes en medio de aquella miseria y de los disgustos que le daban algunos de los soldados que estaban descontentos en aquella remota soledad, se dedicaba diligentemente á la conversion de los salvajes, y en los pocos meses que permaneció allí no le faltaron catecúmenos.

Esta mision de Santa María fué la última que los jesuitas plantaron en la California, pues cuando se trataba de fundar otra, una orden del rey puso fin á las tareas apostólicas de los misioneros; pero antes de referir este acontecimiento es necesario exponer sucintamente el estado de aquellas misiones y el gobierno militar, político y económico de la península.

§ XVI.

NÚMERO DE LAS MISIONES. SU SITUACION Y POBLACION. SUPERIORES QUE CADA MISIONERO TENIA SOBRE SÍ. VISITAS RARAS ENTRE LOS MISIONEROS.

Las misiones fundadas por los jesuitas en los setenta años que estuvieron en la California fueron diez y ocho; pero fueron suprimidas las cuatro de *Londó*, *Liguig*, la *Paz* y *San José del Cabo*, porque habiéndose disminuido notablemente el número de sus neófitos, se agregaron á otras misiones, y así las existentes á principios de 1768 eran solo catorce, de las cuales una estaba entre los pericúes, cuatro entre los guaicuras y nueve entre los cochimíes. He aquí su situacion y el número de neófitos pertenecientes á cada una, comenzando por la mas meridional.

1 Lo que decimos de la situacion de las misiones debe

I. La mision de *Santiago*, situada á cosa de 23° y distante ocho leguas del golfo, á la cual pertenecia el pueblo de *San José del Cabo*, donde estaba el segundo presidio, distante doce leguas de *Santiago*. En ambos pueblos habia casi trescientos cincuenta neófitos.

II. La mision de *Todos Santos* ó de *Santa Rosa*, situada con corta diferencia en la misma latitud del cabo de *San Lúcas*, y distante media legua del mar Pacífico, la cual no tenia mas que noventa neófitos.

III. La mision de la *Virgen de los Dolores*, situada en el lugar llamado *Tagnuetia* á los 24° 30'. En este pueblo y en otras pequeñas poblaciones pertenecientes á él habia casi cuatrocientos cincuenta neófitos.

IV. La mision de *San Luis Gonzaga*, distante del pueblo anterior ocho leguas al Oeste, la cual tenia otras pequeñas poblaciones y trescientos diez neófitos.

V. La mision de la *Virgen de Loreto*, situada junto al mar á los 25° 30'. Este pueblo era la capital de la California, en él residia el capitán gobernador, y estaban el presidio principal y el almacén general. Su misionero era al mismo tiempo procurador de todas las misiones. Sus habitantes, entre neófitos, soldados, marineros y sus familias, eran mas de cuatrocientos.

VI. La mision de *San Francisco Javier*, situada en la misma latitud que *Loreto*, de la que distaba nueve leguas al Oeste. En este pueblo y en otras pequeñas poblaciones pertenecientes á él habia cuatrocientos ochenta y cinco neófitos.

VII. La mision de *San José de Comodú*, situada á los 26° con trescientos sesenta neófitos.

VIII. La mision de la *Purísima Concepcion*, situada á poco mas de los 26° casi al Poniente de *Comodú* con ciento treinta neófitos.

IX. La mision de *Santa Rosalía de Mulegá*, á los 26° 50' en la costa del golfo con trescientos neófitos.

X. La mision de *Nuestra Señora de Guadalupe* á los 27° entre los montes, en cuyos pueblos se contaban quinientos treinta neófitos.

XI. La mision de *San Ignacio* ó de *Kadakaamang*, casi á los 28°, con setecientos cincuenta neófitos.

XII. La mision de *Santa Gertrudis* á cosa de 29°, en cuyos pueblos habia cerca de mil neófitos.

XIII. La mision de *San Francisco de Borja*, á los 30°, la cual con sus pequeños pueblos tenia mil y quinientos neófitos.

XIV. La mision naciente de *Santa María*, cerca de los 31°, con trescientos neófitos y treinta catecúmenos.

De aquí se deduce que no eran mas que siete los pueblos principales en donde residian los misioneros.